

RECENSIONES

ANTONIO TRUYOL Y SERRA: *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado*, tomo I: *De los orígenes a la baja Edad Media*. Alianza Editorial (Alianza Universidad), Madrid, 1978; 429 págs. (reedición). Tomo II: *Del Renacimiento a Kant*. Revista de Occidente, Madrid, 1976; 339 págs.

Magistral análisis lógico cronológico sobre la filosofía del Derecho y del Estado desde la Antigüedad a Kant, metódicamente descrita como un sistema cultural total en proceso. Una característica original de la obra de Truyol y Serra supone el tratamiento de las concepciones sobre el Derecho y el Estado en todas las antiguas civilizaciones: la egipcia, la babilónica, la iraní, la israelita, la china y la india. Constituye un placer la lectura rememorativa de las concepciones míticas del Derecho y del Estado en dichas civilizaciones. El Faraón, Puerta del Cielo, Rey Sol, en cuyas manos estaba el destino del país por ser el mediador directo entre su pueblo y el orden cósmico. Incluso muerto, el faraón velaba por su pueblo. En Babilonia, el rey se transforma en pastor y padre del pueblo, siendo el Código de Hammurabi el regulador de tal realeza. En Persia, el dualismo metafísico-moral entre el Ormuzd, príncipe de la luz, dios supremo, y Ahiriman, príncipe de las tinieblas, queda resuelto finalmente en el finalismo del emperador, rey de reyes, símbolo histórico del triunfo del bien sobre el mal. En Israel, la historia humana se diviniza en el verbo codificado, el para los judíos, pueblo elegido por Yahveh, libro de los libros: la Biblia. Confucio en China enseña que el emperador es el enlace entre el cielo y la tierra, por ello Confucio, en vano, como le ocurriría a Platón, se afaná en querer enseñar al emperador. El taoísmo, con sus dos principios antagónicos, yin y yan, fue la otra religión china, así como en la India el budismo con su fin universal, el Nirvana fue la otra religión respecto al hinduismo con su principio universal, el Brahmán. Estudiar dichas culturas en sus instancias sincrónicas y diacrónicas supone una fuente inagotable de isomorfismos entonógicos, antropológicos y semióticos, a lo que ayuda mucho el análisis de Truyol con su rica bibliografía.

Dejado ese mundo, para los europeos esotérico, Truyol nos introduce en

el más conocido: el mundo helénico de los presocráticos, sofistas, socráticos, para estudiar sus dos principales figuras: el Platón de la Academia y el Aristóteles del Liceo. Con ambos comienza realmente el estudio sistemático de las concepciones lógicas del Derecho y del Estado. La *República* y las *Leyes* de Platón inician la historia de la filosofía del Derecho y de la política en Occidente. La república platónica es la aristocracia del alma y del espíritu ideal, gobernada por los reyes filósofos. Los mitos y utopías tienen en Platón su principal y primera fuente de inspiración. Monarquías, aristocracias y democracias son las formas de gobierno que Platón estudia y que la ciencia política de Occidente ha asimilado sistemáticamente. Para su discípulo Aristóteles, el hombre es un animal político en cuanto está llamado a convivir en la ciudad —*polis*—. Por el hecho de ser político el hombre es hombre; de no ser político el hombre sería simplemente un animal.

A continuación, Truyol, después de un extenso estudio sobre el período helenístico y romano, nos lleva de la mano a conocer las concepciones cristianas, islámicas y de Bizancio, para por fin adentrarnos en la escolástica cristiana medieval en la que con toda su fuerza y esplendor resalta *El Angel de las Escuelas*: Santo Tomás de Aquino, genial sintetizador del pensamiento aristotélico y de la religión cristiana. Para Santo Tomás la ley natural es fundamento de la ley humana en cuanto aquélla participa de la ley eterna divina. Por ello, el poder humano radica finalmente en Dios, bien supremo, de donde se deduce que el bien común que conduzca a ese bien supremo debe ser la finalidad de la política y del derecho humano.

Con el tomo II, Truyol y Serra nos abre el telón de un nuevo escenario, en donde, a modo de crepúsculo wagneriano de los dioses, se va a representar un nuevo drama cuyo protagonista es la razón humana. Es la nueva historia de una mitología sin mitos, es el Renacimiento y la Reforma. La cultura se seculariza, la naturaleza se matematiza y el hombre se autonomiza en su conciencia para ser más universal en su cultura. Por obra de las tres pasarelas de Descartes, Rousseau y Kant, la razón pasa de la orilla divina a la humana.

Maquiavelo, o la razón de Estado; el Estado siempre tiene razón, y la tiene en sí mismo. La finalidad racional del Estado está en el Estado; por eso, el fin de la política del príncipe justifica todos los medios. La política deja de ser virtud teologal para convertirse en virtuosismo —*la virtud*— humanista. Los Vitoria y Grocio hablan de *ius gentium*, el derecho de las gentes. Con el siglo XVII acaba la preponderancia española en política y la escolástica en filosofía. La filosofía moderna ha nacido, la era de la razón y de las luces. La naturaleza, con los métodos matemáticos de Galileo y Newton,

sirve de modelo para un nuevo tratamiento científico de los problemas jurídicos y políticos. Leyes son relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas, dirá Montesquieu. La religión, ante una naturaleza matematizada, se convertirá en religión natural del deísmo, sin credos ni religiones.

Hobbes y Spinoza, Locke, Vico, Montesquieu, Hume y, por fin, Rousseau: las nuevas concepciones del Derecho y del Estado preparan el advenimiento de la nueva clase burguesa que, en la revolución americana y francesa, realiza políticamente los nuevos códigos racionalistas de Derecho político. Kant, en la cúspide, realizará el inventario de tan ingente obra.

La filosofía de Rousseau se basa en la naturaleza, y si el hombre viene de ella, por lógica, todos los hombres son iguales por naturaleza. Para que la igualdad sea humana debe culminar en la libertad: todos los hombres igualmente libres. Las condiciones jurídicas y políticas de garantía de tales derechos soberanos —libertad e igualdad— solamente pueden ser realizadas mediante un contrato social en el que el ciudadano se somete libremente a la voluntad general. Rousseau, padre de la democracia moderna, sacerdote supremo de la religión civil.

Las declaraciones de independencia de los Estados Unidos, la declaración de los derechos humanos en Francia, se reclaman de la doctrina de Rousseau. Un nuevo Estado de Derecho político había nacido en la historia, un nuevo sistema social de poder científico político dominaba el mundo: el capitalismo. Y después de la acción vino la reflexión: Kant, para quien el deber es un imperativo categórico; el deber por el deber, que en definitiva es el deber del hombre como valor autónomo de una libertad racional. Kant defiende la división de poderes en el Estado —el legislativo, el ejecutivo y el judicial— y propugna la paz perpetua en un Estado cosmopolítico universal como finalidad última de la racionalidad legal de la política.

Con Kant acaba Truyol y Serra su pedagógico estudio sobre la filosofía del Derecho y del Estado a lo largo de la historia de la humanidad. Después de leer sus dos extraordinarios tomos ya no queda sino exigirle un tercero, que iría desde Kant a nuestros días. Ciencia obliga.

J. M. Sanz

JOSÉ MARÍA MARAVALL: *Dictadura y disentimiento político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*. Ed. Alfaguara, Madrid, 1978; 278 págs.

En la abundante literatura política subsiguiente a la crisis de régimen que se abre con la desaparición del anterior jefe del Estado, no han sido

frecuentes los intentos sistemáticos de elaboración teórica acerca de la génesis y desarrollo de una oposición de masas o acerca de su dependencia tanto de las transformaciones en la estructura económico-social como de la sucesiva adaptación legal e institucional a las mismas. Yo diría que dichos intentos de comprensión radical de los mecanismos de formación y reproducción de un movimiento de oposición como el que ha existido a lo largo de cuarenta años y a lo ancho de nuestra geografía y en el contexto de mutaciones fundamentales en las estructuras, han sido más bien curiosamente ausentes. Curiosamente porque las reflexiones aproximativas o *en passant* que han producido autores españoles o extranjeros están lejos de haber zanjado la cuestión y, creo, deben haber dejado insatisfechos a quienes se hayan acercado a esta problemática con ánimo de adquirir una comprensión de carácter más que anecdótico. Y más curiosamente aún si se piensa que esta descuidada labor difícilmente podría concebirse como ejercicio de virtuosismo académico cuando se relaciona estrechamente con dos temas de envergadura indudable: en primer lugar, la identidad de medio país; en segundo, aquel tema que por poco que se medite habrá de considerarse el problema fundamental de la compleja transición política: la cuestión del cambio de régimen a través de una u otra de las vías esquematizadas en los términos «continuidad» y «ruptura». Cuestión ésta que, aun admitiendo que en un primer momento parece haber sido resuelta a favor de la primera vía (admisión que no prejuzga el reconocimiento de interrogantes acerca de su definitiva consolidación frente a la opuesta estrategia de ruptura), no deja de ser fundamental a la hora de llevar a cabo el balance de la actividad de la oposición y a la hora incluso de definir el futuro de la misma.

Problema teórico, pues, de actualidad, un poco abandonado, a cuya solución colabora desde hace tiempo José María Maravall con su labor sociológica, que alcanza una posición sobresaliente con la obra que a continuación comentaré.

Dictadura y disenso político representa, a mi entender, el primer intento sistemático de enfrentarse al problema teórico de la aparición y evolución del disenso político en el seno de la dictadura. Maravall ha acometido la labor de explorar un terreno casi virgen, al menos en lo que se refiere a la utilización del ejemplo español como objeto de estudio para la solución de cuestiones como: ¿hasta qué punto las contradicciones sociales y políticas que el desarrollo económico produce en una autocracia constituyen plataformas para la expansión de movimientos organizados de disenso? ¿Cuáles han sido las fuentes principales de militancia obrera y cómo se han relacionado con condiciones económicas y políticas específicas? ¿Puede afirmarse que la militancia política se transmite de una a otra

generación aun cuando se haya producido una ruptura tan profunda como la que representó la guerra civil y subsiguiente represión? ¿Cómo se modifican las pautas de proselitismo de las organizaciones clandestinas en las diferentes fases de evolución de dichas organizaciones?

El objeto del libro es, pues, el análisis de aquellas que parecen ser, para la sociología, las cuestiones principales de los movimientos políticos bajo regímenes dictatoriales. Las fuentes utilizadas representan, como es lógico en un estudio de este género, un tipo de aproximación de carácter mixto, ya que a la documentación escrita de procedencia diversa (prensa, publicaciones gubernamentales y de partidos, encuestas de opinión), se acumula un número de entrevistas efectuadas por el autor mismo a militantes estudiantiles y obreros que tuvieron funciones relevantes en la oposición durante el período estudiado (1939-1975).

Por lo que al movimiento obrero se refiere, el primer elemento analizado por Maravall es la contradicción que se crea entre las necesidades del desarrollo económico a partir de los años cincuenta y las instituciones del franquismo, especialmente en el nivel de las relaciones industriales. La Ley de Convenios Colectivos de 1958 pondrá en crisis la función de los sindicatos verticales, pues nada había de menos corporativo que la posibilidad que dicha ley ofrecía de que patronos y obreros se enfrentaran directamente para pactar los convenios. Esta ley constituirá la plataforma que la clase obrera utilizará en la formación de embriones de sindicato de clase.

El segundo elemento que se analiza está representado por las fuentes del disenso obrero. La cuestión es aquí la de continuidad y discontinuidad en cuanto a la localización geográfica del movimiento obrero. La respuesta es una clara afirmación de la tesis continuista en cuanto a las condiciones obreras. El crecimiento económico se produce, en una primera etapa, en las zonas ya dotadas de una infraestructura industrial y las modificaciones aportadas por dicho crecimiento ejercen sus efectos sobre la clase trabajadora de estas zonas en un sentido (crisis por desarrollo: Cataluña, País Vasco, Madrid) o en otro (crisis por decadencia: Asturias). Sólo en un segundo momento, los años setenta, este desarrollo de las contradicciones interclasistas se extiende a nuevas zonas de crecimiento industrial (Navarra, Galicia, Sevilla, etc.).

Pero el resurgimiento del movimiento obrero organizado no depende sólo de los dos factores antes señalados; un tercer factor adquiere en este momento una importancia de primer orden: la presencia en las zonas de conflicto de organizaciones obreras, sean éstas viejas o nuevas.

Algunos de los testimonios de militantes, recogidos por Maravall, expresan muy explícitamente cómo los dirigentes obreros percibieron con

rapidez las posibilidades que los cambios acaecidos en la segunda mitad de la década de 1950 ofrecían al movimiento. Buen ejemplo de ello lo constituiría el abandono de la OSO por el PCE y su apuesta por las nacientes «Comisiones Obreras».

En lo que se refiere a la contraposición entre la tesis de ruptura de la continuidad en el movimiento obrero durante el franquismo, sostenida por CC. OO. y USO, y la del mantenimiento de la continuidad, defendida por UGT, Maravall ofrece una sugestiva solución conciliatoria construida sobre la especificidad de las zonas de implantación de las organizaciones mencionadas y de las tradiciones de la clase obrera en dichas zonas.

En relación al movimiento de los estudiantes, éste se alimentó en su nacimiento de las mismas condiciones de liberalización del régimen dictatorial que las organizaciones obreras también estaban aprovechando. El análisis de Maravall acerca de la génesis del movimiento universitario tiene su punto de partida en la constatación de que, en las fases primarias, los militantes no surgían de la población universitaria en base a mecanismos contingentes, sino que se trataba de grupos muy particulares de personas que habían sido objeto de procesos atípicos de socialización. Una vez que un grupo ponía las bases embrionarias de una organización, se convertía él mismo en creador de condiciones de radicalización de los estudiantes y en motor de su propio desarrollo. Pienso que en ningún lugar este elemento subjetivo de crecimiento puede tener tanta importancia como en la universidad, tan alejada del proceso productivo. Los mecanismos atípicos de socialización a que se refiere el autor son, en primer lugar, la familia (los primeros estudiantes de izquierda pertenecían en su mayoría a familias medio-altas, de izquierda o, al menos, en contradicción con el régimen), posteriormente la escuela (la mayor parte de ellos habían sido enviados a escuelas laicas, bien de élite o públicas) y finalmente los viajes al extranjero (una de las más importantes fuentes de elaboración o potenciación de una conciencia radicalizada, en esta primera etapa). Naturalmente, este esquema es válido mientras el movimiento es minoritario: a partir de una fecha que el autor sitúa en el año 1965 (año en que el movimiento no sólo obtiene un elevado éxito de crecimiento, sino que logra involucrar directamente a varios catedráticos, hasta el punto que se les pudo ver a la cabeza de una manifestación), se pasa del grupo pequeño al grande y los mecanismos de reproducción del disenso no requieren ya las premisas anteriormente apuntadas. Quedan asimismo modificadas las pautas de proselitismo, que pasan a ser abiertas y corresponden a una estrategia del movimiento que tiende a abandonar organizaciones cerradas como FUDE para intentar la creación directa de un sindicato de los estudiantes.

Un trabajo el de Maravall, pues, que se enfrenta con felices resultados al reto del análisis radical de este asunto, importante no sólo por su actualidad, sino porque desbroza el camino al estudio de temas muy vinculados con él, por ejemplo, el de las ideologías asumidas por los movimientos de oposición. Y digo esto porque la obra comentada sugiere preguntas acerca de las elaboraciones ideológicas de la oposición al anterior régimen, tales como ¿hasta qué punto la situación en que se ha desarrollado la labor de los movimientos obrero y estudiantil (el peso enorme de nuestra propia historia) no ha provocado una relativa simplificación en el nivel de las ideas, potenciada por un elemento tan excesivamente diferido como el representado por la finalidad estratégica de estos movimientos, es decir, la consecución de un régimen democrático?

Faustino González

JOSÉ ENRIQUE RODRÍGUEZ IBÁÑEZ: *Teoría crítica y sociología*. Ed Siglo XXI, Madrid, 1978; 177 págs.

Es indudable que estamos asistiendo a una crisis política de la izquierda de los países capitalistas avanzados, incluso de la de los países que no pueden situarse entre los muy «privilegiados» en su grado de desarrollo. La crisis es a la vez, como no podía suceder de otro modo, crisis en la teoría, es decir, en la capacidad de comprender, explicarse, captar, las modificaciones que se están produciendo en el seno de dichas sociedades, y crisis en la praxis, en la capacidad de diseñar estrategias transformadoras de las mismas que tengan virtualidad operativa, que generen la adhesión activa de los sectores de distinta configuración interesados en el cambio, que modelen una perspectiva de sociedad susceptible de despertar tal adhesión.

La crisis en la teoría, que es de forma básica, aunque no única, crisis de unas determinadas concepciones del marxismo, ha dado lugar en los últimos años a una avalancha de publicaciones, algunas de las cuales han sido acogidas por esta misma revista. Pero no se trata sólo de una reflexión teórica sobre las posibilidades metodológicas del marxismo al ser aplicado, tal cual fue elaborado por los «padres fundadores», a unas formaciones sociales que han sufrido profundas modificaciones —y no sólo de tipo estructural—. Existen, además, bocetos estratégicos distintos a los tradicionales, de los cuales los más aireados serían los eurocomunismos, en la medida en que éstos fueran capaces de conducir a un tipo de sociedad superadora del capitalismo y a la vez distinta de las llamadas del «socialismo real», pero no sólo distinta

porque salvaguardara las libertades y el pluralismo político. Se añade a esto, sin duda, la ya cumplidamente demostrada imposibilidad de la socialdemocracia de trascender las características básicas de las formaciones sociales que pretenden reformar; la *débâcle* total como modelo en el interior y hacia el exterior, de los países socialistas; el retroceso político-electoral de los partidos de izquierda en estos años de crisis económica generalizada, etc.

En el marco de esta crisis en la teoría y de las perplejidades de las praxis se inserta el libro de José Enrique Rodríguez Ibáñez que aquí tratamos de comentar. El libro está atravesado por la consideración de la cada vez mayor pertinencia de la teoría crítica y por la preocupación —y la esperanza— de elaborar estrategias transformadoras que sean distintas no sólo en lo estratégico, sino en el proceso y en los sujetos y fundamentalmente en el resultado final.

A pesar de encontrarnos frente a un texto que recoge trabajos elaborados de forma autónoma, algunos inéditos, otros previamente publicados, pero revisados y actualizados ahora, el libro tiene una coherencia de tal, proporcionada, a mi juicio, por lo dicho en el párrafo anterior. Las notas que caracterizan a la teoría crítica —que no puede identificarse con la escuela de Frankfurt, aunque quienes a ésta pertenecen rellenan un amplio espacio de aquélla— pueden resumirse, para el autor, en la «autorreflexividad (o, lo que es lo mismo, antiformalismo o genetismo), carácter histórico-dialéctico y sentido moral de la crítica (es decir, autoinclusión en los esfuerzos seculares por negar un presente injusto, por alcanzar la liberación humana)» (pág. 14).

En virtud de esta caracterización, que se explicita metodológicamente en la importancia otorgada al papel de la ideología y de la personalidad como reproductoras del orden socioeconómico, en el carácter autorreflexivo y deliberadamente fragmentario del trabajo teórico, en la oposición a la reificación, y político-metodológicamente en la denuncia del capitalismo no sólo por su carácter explotador, sino también por su carácter autoritario, en la oposición a la metodología tradicional impregnada por el propio *ethos* controlador y burocratizante que impera en la sociedad que pretende comprender, en el rechazo de los valores ascéticos y productivistas que dominan tanto las formaciones capitalistas como las del «socialismo real», Rodríguez Ibáñez pone en relación y contrasta la teoría crítica con las escuelas sociológicas más relevantes.

Frente a un marxismo degenerado en economicismo, la teoría crítica supone un correctivo cultural que no debiera entenderse como aislado del propio arsenal marxista, sino más bien como complementario. Esta complementariedad supondría la superación de las notas mesiánicas tradicionales

de los proyectos marxistas y daría paso a la consideración de proyectos emancipatorios más globales y flexibles. Frente a un Durkheim de indudables hallazgos, la teoría crítica rechazaría el normativismo que caracteriza su obra. Frente al modelo sistémico-funcional, el diseño de un modelo dialéctico que entiende la sociedad como proceso cuyos sujetos, aunque aislables y analizables por separado, se demandan mutuamente.

Rodríguez Ibáñez mantiene la posibilidad, frente al formalismo positivista y el fenomenologismo descriptivista, de «una crítica sociológica empírica, pero no racionalizante u objetificante; iluminadora, pero no especulativa o gratuita; autorreflexiva, gestante y dialéctica, pero no tautológica, duplicativa o trivial» (pág. 23). Una crítica sociológica que supone la lucha contra el positivismo refinado en que derivan neomarxistas como Althusser y Poulantzas.

Frente a las formulaciones de la «acción social» elaboradas por Weber, caracterizadas por la aproximación interindividual y la autonomía de los sujetos en cuanto asignan sentido a las cosas y los acontecimientos, y por Parsons que en su obra madura, que desmiente en parte su trabajo anterior y se convierte en mentor destacado del estructural-funcionalismo, concibe a la acción social «encerrada dentro de las tupidas mallas de una red de sistemas cuyo funcionamiento es independiente a la larga de los sujetos que lo componen», Rodríguez Ibáñez se decanta por la concepción de Habermas, que a su juicio incluye y completa el interaccionismo simbólico y entiende la acción social comunicativamente, que superando la comunicación distorsionada dibuja frente a sí misma la posibilidad del «discurso perfecto». No obstante, Rodríguez Ibáñez considera lo discutible de la dualidad de influencia kantiana, entre el trabajo y la comunicación, en la obra de Habermas, así como la cierta utilidad del concepto weberiano de acción social comprensiva y de desarrollos del mismo no parsonianos.

El autor considera los rasgos positivos de la etnometodología en cuanto que se constituye en denuncia del sesgo positivista de los estudios sociales, pero detecta el peligro de su caída en la arbitrariedad subjetiva y se rebela frente a su escepticismo. Del interaccionismo simbólico critica su entronque con la «razón instrumental» propia de la lógica de Occidente, el olvido de la opresión y el poder, el desdén hacia la esfera productiva, el excesivo consensualismo, su limitación al ámbito microsocia.

La obra de Rodríguez Ibáñez intenta ser lo menos aséptica posible en todo momento, pero entiendo que acentúa su compromiso metodológico-político al considerar la necesidad de elaborar una nueva teoría social «para» una nueva época, en donde frente a los paradigmas de progreso como secuencia unilineal y sociedad como mercado de individuos y unidades aisladas,

que caracteriza el período que se consolida en la Revolución francesa, entiendo que nuestra época se caracteriza por «las ideas-madre, primero de globalidad y comunicación (idea que rompe el esquema de lo atomístico-lineal) y segundo de cualitativización (la cual rompe el esquema del progreso como mero crecimiento o acumulación)» (pág. 85). Esta nueva época demanda también un nuevo marco teórico, emergente, ya que aglutina las posibilidades que ofrece la comunicación con las de la vieja noción dominante de la producción lineal.

El compromiso se acentúa aún más en la explicitación político estratégica del cambio social, a partir del conflicto, en las formaciones sociales de capitalismo avanzado. Aquí, tras analizar la crisis de legitimación de las mismas, revisando las aportaciones de autores como Poulantzas, Miliband, Offe, O'Connor, se detiene en la obra de Habermas para quien dicha crisis es, de momento, sólo tendencial. Revisa también cómo autores conservadores como Bell detectan esta crisis, aunque esperan su reversibilidad, y se muestra cauto, al igual que los autores progresistas, sobre las capacidades aún asimiladoras del capitalismo. ¡Y cómo no mostrarse cauto! Pero esa crisis indudable —aunque sólo fuera tendencial—, y aquí reside lo importante, comporta el reto a la izquierda del diseño de nuevas estrategias políticas. En palabras del autor, «nuestros días, en definitiva, contemplan una transición de la que son notas cualificadísimas la crisis de legitimación del capitalismo y la paralela emergencia de una nueva cultura liberadora que informa en la teoría y en la práctica la lucha de los movimientos populares (llegando incluso a plantear la propia necesidad de los partidos políticos. Crisis de legitimación, pues, correctivo cultural o cualitativo creciente, reflexión profunda —en medio de ambos fenómenos— de las estrategias de la izquierda clásica... y al fondo el porvenir» (págs. 136-137).

Culmina el libro un capítulo-trabajo dedicado a la teoría crítica al otro lado del Atlántico, con el estudio de las obras de Schroyer y Aronowitz.

La obra de Rodríguez Ibáñez se constituye en una coherente revisión crítica, desde los planos teórico y teórico-político de las principales escuelas de sociología que hoy rigen la producción de teoría social, pero también se constituye en una reflexión sobre las tareas, las nuevas tareas, necesarias para una transformación de la sociedad anclada en unos *ethos* y *pathos* cosificadores, alineantes, explotadores y autoritarios.

Hoy se nos aparece claro que la transformación no es sólo un problema de sustitución en la dirección política ni siquiera en sustitución de modo de producción dominante. El reto cultural, el cambio cualitativo, el cambio de las posiciones de los sujetos, de los valores éticos dominantes, atraviesa cualquier proyecto serio de emancipación. De ahí que hoy sea quizá más

pertinente la teoría crítica que en sus orígenes. Y en la España acogotada de la reforma transicional, las alternativas de izquierda no parecen siquiera haber reconocido el reto. Fomentar que éste sea identificado y asumido, pienso que es, en definitiva, la principal intención del libro de Rodríguez Ibáñez.

Enrique Guerrero Salom

WILLIAM WALDERGRAVE: *The binding of Leviathan. Conservatism and the future.* Hamish Hamilton, Londres, 1978; xiii + 162 págs.

¿Tiene el Partido Conservador alguna otra misión aparte de la de oponerse a todo cambio? ¿Existe algo que se pueda llamar tradición conservadora? William Waldergrave, importante miembro del Partido Conservador británico, sostiene en este libro la existencia de una tradición conservadora distinta y opuesta a la liberal y a la socialista. Más aún, afirma que es la mejor preparación para resolver los problemas ingleses de los años venideros.

Una teoría política es útil sólo en la medida en que ayuda a resolver problemas. Así, si cada teoría política intenta encontrar respuesta a viejas o nuevas cuestiones, la tradición conservadora responde en especial al siguiente problema: ¿Contribuye esta política a aumentar las oportunidades del ciudadano de vivir, trabajar y divertirse en el tipo de comunidades necesarias para llevar una vida civilizada?

Se trata ahora de demostrar que el pensamiento conservador será en un futuro cercano el más valioso para la Gran Bretaña. Con este fin el autor nos augura la llegada de una época de hambre y escasez. Esto, afirma Waldergrave, va a conducir a un mundo occidental relativamente poco poblado, agrícola y de alta tecnología, enfrentado a un resto del mundo hambriento y muy poblado que se dedicará a la producción industrial en masa.

Hambre y escasez se achacarán en un primer momento al principio de la libre empresa y es de prever un rápido aumento del comunismo. Pero tan pronto como se demuestre la incapacidad de éste para resolver la situación, se volverá la vista primero hacia un neoliberalismo trasnochado y más tarde y finalmente hacia los conservadores.

Este triunfo final de los conservadores se deberá en gran medida a que no representan exactamente una teoría política sino más propiamente una actitud hacia el hombre y la sociedad. El escepticismo, el temor a la anarquía y el reconocimiento de que las imperfecciones humanas son consecuen-

cia de su naturaleza, constituyen la base del miedo a la división y la oposición al cambio que les caracterizan. Precisamente su escepticismo impedirá siempre a los conservadores aceptar la intransigencia marxista. El hombre no es un dios y además: «No social theory is more than a collection of interesting remarks which may sometimes be helpful, but must always be discarded in the face of obstinate fact» (pág. 54).

Mayor coincidencia hay con los liberales. Aunque han olvidado las bases morales e instituciones previas a toda teoría y han dejado indefenso al hombre frente al Leviatán estatal, han aportado la acertada idea de que no se puede matar para justificar las teorías, la idea de que la crítica y el disenso son posibles y deseables.

Pero no se debe olvidar que fueron los liberales quienes separaron al hombre de sus comunidades. Por ello, cuando dentro de poco se vuelva la atención hacia la comunidad, será la postura conservadora, tenaz defensora de las comunidades, la mejor preparada para ofrecer soluciones.

En lo sucesivo nos va a tocar vivir un mundo de evolución lenta, lejos de las épocas de rápido y seguro crecimiento económico, y nadie puede negar que para una vida de cambios lentos la filosofía política más apropiada es la conservadora. Sólo los conservadores serán capaces de restaurar el principio de autoridad y asegurar la firmeza en las decisiones que el nuevo tiempo necesitará.

Pero para garantizar hoy la llegada futura de un mundo en el que las comunidades cumplan un papel intermediario entre el individuo y el Estado, urge atar al Leviatán de modo que las comunidades adquieran la permanencia y la estabilidad perdidas. Pero siempre aplicando el principio liberal del control del Estado, que evitará llegar al desafortunado caso de conservadorismo que es el corporativismo.

Aunque el libro está escrito para un público británico y se dedica gran parte a describir la estrategia a seguir por el Partido Conservador, en su aspecto teórico su interés es más amplio. Sin embargo, da la impresión de que el contenido de la tradición conservadora se describe de modo tan vago y ecléctico que podría servir también para cualquier otro modo de pensar y, en especial, para el punto de vista liberal. Aun así, no deja de ser un intento de dar a la actitud conservadora un contenido más rico que el de simple oposición a todo cambio. Con todo, lo que busca el autor es más bien describir una actitud que una teoría. No radica su interés en elaborar una teoría que quizá se demuestre falsa al cabo del tiempo; la intención es definir una postura hacia la vida humana y su mejor y más civilizado desarrollo. En el caso de que esto sea sólo posible por medio de comunidades,

lo primero y más urgente es encadenar al Leviatán y devolver a las comunidades su perdido papel intermediario.

Queda por demostrar que se acerquen tiempos de escasez en los recursos y de efectivo renacer de las comunidades. Predicciones de futuro como ésta son imposibles de probar científicamente; se aceptan emotivamente cuando proyectan nuestros temores o esperanzas. No obstante, parece que hasta que llegue su día los conservadores se protegerán en la historia. «When both Marx and Lenin are of interest only to historians and antiquarians, when the Russian Empire follows the Roman, the Spanish, and the British into the sunset, Conservatism —the philosophy of man in his community— will still be vigorous» (pág. 150).

Eduardo Nolla Blanco